

ESPECIAL ASESINATOS LITERARIOS

TRAZAS NEGRAS

Revista de Literatura Oscura y Policial

AÑO 2 - Número 8 - Marzo de 2021

CUENTOS:

«Obras consagradas»

Cecilia Aravena Zúñiga

«El travestí»

Bartolomé Leal

«Tinta negra»

Hugo Martínez

«Asesinato en la Sociedad de Escritores de Chile»

Iván Quezada

RESEÑAS:

El almuerzo desnudo
(William Burroughs)

Por Bartolomé Leal

Cárcel de mujeres
(María Carolina Geel)

Por Joaquín Edwards Bello (clásico)



CÓMIC:



HÉROE MUNICIPAL

Guion: Eduardo Contreras V.

Dibujos: Alejandro Triana

EXTRAS

«Del escritorio al crimen», artículo por Eduardo Contreras Villablanca

«Las traiciones del anagrama», divertimento por autor anónimo



03 / CUENTO

OBRAS CONSAGRADAS

Cecilia Aravena Zúñiga

07 / CUENTO

EL TRAVESTÍ

Bartolomé Leal

09 / CUENTO

TINTA NEGRA

Hugo Martínez

12 / RESEÑA

EL ALMUERZO DESNUDO

Bartolomé Leal

14 / NOVELA CORTA

ASESINATO EN LA
SOCIEDAD DE ESCRITORES
DE CHILE

Iván Quezada

18 / ENTREVISTA

LA PEQUEÑA ENTREVISTA POLICIAL

Marcos Campbell

19 / CÓMIC

HÉROE MUNICIPAL

E. Contreras V / A. Triana

20 / RESEÑA CLÁSICA

LOS JUEVES DE

JOAQUIN EDWARDS BELLO:
CÁRCEL DE MUJERES

23 / ARTÍCULO

DEL ESCRITORIO

AL CRIMEN

Eduardo Contreras V.

EDITORIAL

Escritores y asesinos

Con este número de la revista **Trazas Negras**, completamos ocho, un número que para algunos es representado por las serpientes entrelazadas del caduceo, que simbolizan el equilibrio entre fuerzas antagónicas. Una alegoría apropiada para los géneros que trabajan sobre la eterna lucha entre el bien y el mal. Tema que parte ya en las cosmovisiones antiguas, pasando por los poemas homéricos y la mitología greco romana, para ser luego exacerbado por la Biblia y otros precedentes de la literatura fantástica y de terror, y que finalmente destila en géneros como el policial, el negro, y la ciencia ficción, entre otros.

La idea de este especial surgió al darnos cuenta de que sin coordinación entre sí, habían llegado a nuestras manos varios cuentos relativos a delitos y asesinatos cometidos nada menos que en la casa de los escritores y escritoras, la sede de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH). El mal rondando ese hermoso edificio patrimonial de la calle Almirante Simpson 7, ya sea eligiéndolo como lugar de los hechos, o guardando relación con él. Uno de estos relatos, debido a su extensión, será publicado en entregas sucesivas.

Ya metidos entre las patas de los caballos, decidimos escarbar en un tema relacionado: si bien lo de los asesinatos en la sede de la SECH, queda estrictamente en el terreno de la ficción, lo que sí tenemos en la historia de la literatura son casos de escritores que cometieron delitos, llegando algunos de ellos y ellas a perpetrar asesinatos. Incluimos un artículo sobre el tema, y dentro de la sección de textos clásicos, una reseña de Joaquín Edwards Bello sobre uno de los casos de mayor connotación en el Chile del siglo pasado.

Y a propósito de los hechos reales, materia prima de la literatura, queremos terminar este editorial rindiendo un sincero homenaje a alguien que se fue, y para nosotros encarna en nuestro país ese bien que se levanta a veces solitario contra un mal que parece abrumador: el juez Juan Guzmán Tapia, a quien la gente llamaba cariñosamente «el juez Guzmán», un hombre valiente e íntegro que se atrevió a enfrentar al peor asesino serial de nuestra historia.

Eduardo Contreras Villablanca
Editor invitado

Comité asesor de **Trazas Negras**: Juan Ignacio Colil, Eduardo Contreras Villablanca, Julia Guzmán Watine, Gonzalo Hernández y Helios Murialdo.

—La frente de Osvaldo brillaba de sudor, algunas gotas de transpiración se deslizaban por su nariz. Con su antebrazo las detuvo y continuó introduciendo códigos, las claves de seguridad de cada planta se modificaban automáticamente cada quince minutos, obligándolo a reprogramar varias veces su ordenador. Llegar al habitáculo donde estaba la caja de seguridad, había sido más difícil de lo que esperaba. Su sorpresa fue mayor al descubrir que la caja se encontraba conectada a la alarma de la sociedad de escritores. Disponía de menos de cinco minutos para terminar, antes que llegaran los custodios.

Había sido muy ingenuo, era obvio que la sociedad debía garantizar la protección de la memoria del escritor consagrado que aseguraba su manutención. El salón principal que en el siglo veintiuno servía para lanzamientos de obras maestras impresas, ahora estaba reservado a la caja de seguridad con la memoria del premiado escritor, ganador del Nobel de literatura, el Jorge Amado, y el Miguel de Cervantes. El único edificio de la ciudad con suelo de parqué con largos cuadrados en diagonal, escaleras de mármol y paredes revestidas con madera de ciruelo. Así debía ser, a tono con lo que se cobijaba, el tesoro de esa memoria *cyborg* era invaluable.

Osvaldo escuchó el zumbido de los androides. Odiaba el sonido que hacían al desplazarse, el roce de sus rodamientos contra el suelo le evocaba cuchillos afilándose. Detestaba a los autómatas y ahora ya estaban en el acceso del edificio. Su respiración se agitó, con un transmisor *gigap* traspasó toda la información de las memorias *cyborg* a su propia cabeza.

—Espero no quedar psicótico —pensó. Era lo más rápido.

Ningún dispositivo había alcanzado la velocidad de la mente humana, sólo tardó unos instantes en almacenar en su mente los pensamientos, recuerdos e inspiraciones del autor.

Su cuerpo esmirriado pasó con facilidad por los ductos del alcantarillado del siglo veintiuno que estudió durante meses. Se puso su traje antirradiación, y logró llegar al exterior antes del cierre automático de las compuertas. Tenía su aeromóvil estacionado en las proximidades. En el volante la pantalla del tablero le indicaba que su respiración se normalizaba. Miró los espejos laterales, no había personas ni androides en el área. Antes de instruir al vehículo que se pusiera en marcha, observó sus ojos en el espejo retrovisor. Los tenía enrojecidos por las cuatro noches sin dormir preparando el robo.

Ya en su departamento usó el *gigap* para vaciar los contenidos al ordenador. Se conectó al visor de memoria para plagiar los motivos, la inspiración, las historias del escritor del siglo. Abrió un par de latas de suero de patata y revisó una y otra vez los diez terabytes. La secuencia de recuerdos y conversaciones cotidianas se sucedían. Todas las imágenes eran igual de insulsas. Apretó la opción buscar y digitó fechas anteriores a los lanzamientos de sus obras consagradas, estimó meses, incluso días anteriores. Sus latidos se aceleraron. En las fechas de las entrevistas a Berlizand, anteriores a las premiaciones, él decía que estaba escribiendo. ¿Cómo era posible que en esas fechas en su mente no hubiera rastro de aquello? Ni una sola situación que pudiera relacionarse con alguna de las obras o

con los motivos de sus personajes, ningún indicio ningún evento. Ni una sola conversación que aludiera a las magistrales situaciones descritas en sus novelas. Nada. Revisó una y otra vez la memoria. Estuvo más de cuatro horas escudriñando cada archivo. Con la boca abierta y los ojos desorbitados, miraba la pantalla. Por fin tragó saliva.

Un escalofrío recorrió su espalda, haciéndolo tiritar.

—¿Berlizand es un fraude!, no es el autor de sus novelas —Al decirlo, su voz se convirtió en un gemido. Sintió que sus piernas flaqueaban, desplomándose en el diván apostado a un costado de su escritorio.

En la torrecilla del suburbio, la casa de Adrián Berlizand acababa de activarse, la mano arrugada y pecosa del escritor manipuló el panel digital. Al pulsar el botón «Comienzo del día» las persianas subieron automáticamente, reproduciéndose los mensajes del contestador y sintonizando como música de fondo, la antigua baladista Lauryn Hill. El anciano caminó a la cinta mecánica que se desplazaba hasta la cocina. La cúpula transparente en el techo, dejaba ver un cielo calipso sin nubes.

—Baja la intensidad de las luces y llama a mi asistente —dijo con voz grave.

El sistema operativo, dejó el ambiente apenas iluminado y apareció desde una esquina de la habitación el modelo doméstico, P-Cactur24, que se acercó al anciano con una bandeja metálica con un plato de vidrio que contenían cinco cápsulas celestes y un vaso con un líquido viscoso de color verde.

—Gracias Cactur, no tengo apetito. No me siento bien —dijo el anciano, acomodándose en un piso metálico que automáticamente lo acercó a la barra de la cocina.

—Adrián, debe consumir alimentos antes de los remedios. Detecto un alza de presión y sus pulsaciones se han acelerado —respondió el androide de un metro y medio de altura y aspecto cilíndrico.

—¿Quién se llevó mi memoria? El robo fue hace horas, ¿Por qué no me han contactado? —dijo Adrián, mirando su celular—. De la Sociedad de Escritores me han enviado mensajes. Ofrecen pagar el rescate de mi memoria. No entienden cómo sucedió.

—El robo fue bien planificado, se realizó en poco tiempo y con total éxito. Seguramente lo contactarán muy pronto —respondió P-Cactur 24, dando vuelta sus



sensores hacia la impresora tridimensional que terminaba de reproducir el piso que había comprado el escritor.

—¿Querrán dinero por ella? Si la han revisado ¿seré víctima de chantaje?, y ¿qué haré? ¿Confesar que nunca he escrito nada? ¿Qué aquellos relatos nostálgicos del siglo veintiuno no son míos? Cactur, ¿estaba activado el GPS en el dispositivo? —preguntó el anciano al tiempo que se acercaba al taburete—. Mira, Cactur, igual que los que se usaban en el siglo veinte ¿parece de cuero verdad? Esto sí es de mi agrado, muy distinto a los asientos de plástico recubierto y plegables que se convierten en otra cosa accionando un botón.

—Su memoria está a ocho kilómetros. En el edificio comercial de la ciudad. ¿Desea que vaya a recuperarlo?

—No, no quiero que nos expongamos a la prensa. Temo que se trate de un fanático que está esperando vernos aparecer para subir esto a las redes sociales. ¿Qué puedo declarar, si se hace público? Quizás no entiendes lo importante que es para la humanidad que el arte y la creación hayan quedado para los humanos. Mucha gente sufrió cuando ustedes asumieron el derecho, la medicina, la ingeniería, todo... no puede descubrirse la verdad. La literatura es creación exclusiva de las personas. Es lo que nos queda.

—Puede decir que no hace falta vivir lo que se escribe. Que basta con saber de qué son capaces los seres humanos, de conocer su lado sombrío y su lado resplandeciente, o con haber visto su necesidad de autodestrucción. Usted puede reconocer la verdad.

—¿Te has vuelto loco? Basta, no me des lecciones. Mis novelas son un aliciente para la humanidad. Además, recibiría el repudio de mis colegas, me obligarían a devolver mis premios y las editoriales me demandarían ¡No! Nunca reconoceré que mi trabajo lo hizo otro, por ningún motivo. ¡Esto es un desastre! ¡Una tragedia! —El anciano se dejó caer en la butaca nueva y se tapó la cara con las manos. Gemía. Con cada sollozo su espalda se encorvaba y parecía que iba a caer.

De pronto levantó la vista, se bajó del asiento y caminó hacia el droide.

—Han pasado más de ocho horas desde el atraco. Si quisieran dinero ya hubieran contactado a la Sociedad de Escritores, o a mí. No, se trata de un intento de plagiar mis obras, accediendo a lo que debiese guardar mi memoria. Tienen que haberla revisado ya y ahora están decidiendo cómo denunciarme. Si hubiesen querido dinero habrían venido a robar aquí. Todo el mundo sabe que vivo solo. Es mucho más fácil acceder al panel de control de esta

casa que sortear las medidas de seguridad de la Sociedad de Escritores. Estoy acabado. Imagino la burla en los medios. No tengo escapatoria.

—Hay otra solución. Su memoria se desintegrará cuando usted muera, la materia orgánica y el dispositivo tecnológico son interdependientes. Le sugiero la autoeliminación. El ladrón no tendrá nada en sus manos y usted seguirá siendo el autor más leído del siglo veintidós. Nadie jamás podrá cuestionar su autoría. Sus obras siempre le pertenecerán.

El escritor levantó la vista y dejó de sollozar. Sus ojos estaban desorbitados.

—Cactur, déjame solo por favor.

El androide salió de la habitación. El ruido de sus rodamientos desplazándose se fue disipando.

—Apaga la música y las luces —ordenó Adrián y permaneció en silencio mirando hacia la bóveda de cristal. El cielo turquesa sin nubes iluminaba la sala.

Cerca tres horas más tarde, Adrián Berlizand pulsó el botón para abrir la cúpula del techo de la casa, sin mascarilla. Los rayos ultravioleta enrojecieron su piel en instantes y el aire saturado de anhídrido carbónico le impidió continuar respirando.

El sector comercial de la ciudad se concentraba en un edificio de noventa pisos. Había tiendas, oficinas, y viviendas. En varias plantas había parques y gimnasios. Sus habitantes no bajaban nunca de la torre. El modelo P-Cactur24, subió al piso 13, cerca de las cuatro de la tarde, desplegó uno de sus brazos hasta la puerta y golpeó dos veces. En el dintel apareció el rostro macilento de Osvaldo con los ojos enrojecidos. Su pecho se levantaba con cada gemido.

—Buenas tardes. Soy el asistente del escritor Adrián Berlizand.

—Vi su memoria desintegrarse, eso solo tiene una explicación. ¿Por qué lo hizo? Yo lo admiraba, sólo quería descubrir su fuente de inspiración, soñaba en escribir como él ¡Qué desastre! No quería que las cosas salieran así. Iba a tomar algunas de sus ideas, de sus experiencias, de sus recuerdos. Sólo quería escribir como él. No soy responsable de su suicidio. ¿Verdad? ¿Cómo llegaste a mi casa? —Osvaldo se dejó caer al suelo. La bata que lo cubría se abrió, mostrando su cuerpo albo y lampiño.

—Llegué por las emisiones de la memoria *cyborg* que robó —El androide movió la parte superior de su estructura—. Detecto que su temperatura es alta y que está intoxicado con alcohol. Lleva varios días sin dormir y sin alimentarse apropiadamente. Vine a ofrecerle mis servicios

de asistencia. Necesito un hogar o seré desactivado por la central de automatización doméstica.

—Se mató por mi culpa. Yo sólo quería conocerlo más. No le hubiese denunciado. Amo sus obras. Le han dado significado a mi vida y a la de muchos, pero me di cuenta que era un fraude. El no escribió ninguna de sus obras consagradas ¿Por qué guardaba su memoria si no había nada valioso en ella?

—Las editoriales lo exigen y los seguros también. Además la Sociedad de Escritores no hubiese entendido que no lo hiciera —Cactur avanzó hacia el dispensador de agua destilada, llenó un vaso y se acercó a Osvaldo—. Tome. Se sentirá mejor.

Osvaldo, se secó la cara con la manga de su camisa, y tragó rápido el líquido.

—No necesito un asistente, me las arreglo muy bien en este escondrijo de dieciocho metros cuadrados. Apenas como y casi no salgo de la casa. Conozco algunas personas

que podrían interesarse, pero debes esperar que me reponga. La muerte de Adrián es terrible para toda mi generación. Sus obras alimentaban la confianza en la humanidad, la posibilidad de trascender. La tecnología nos ha arrinconado como ratas, nuestra esencia humana, capacidad creativa y subjetividad sólo se vierte en la escritura, en el arte. Lo único en lo que ustedes no pueden meterse.

—Sí podemos, por eso vine a ofrecerle mis servicios como *ghost writer*.

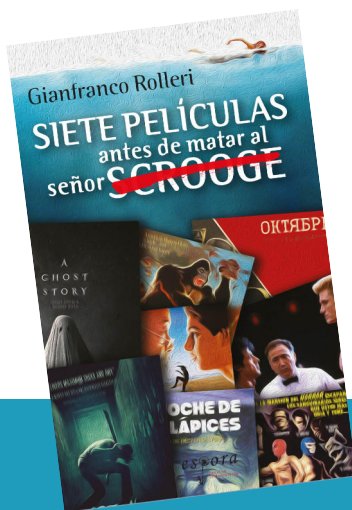
—¿Qué? ¿Qué has dicho? ¿Tú? No puede ser ¿Eres el autor de las novelas? No, no lo puedo creer. No puede ser.

Osvaldo se levantó de golpe y aporreó con los pies la base de Cactur, luego con los puños arremetió contra la parte superior del androide. Sus manos comenzaron a sangrar. La máquina apretó su botón de reposo y se apagaron sus circuitos.

Los gritos de Osvaldo se mezclaron con el zumbido de los autómatas desplazándose en la calle. TN

Cecilia Aravena Zúñiga

Es Asistente Social del IPS (ex Universidad de Chile) y Máster en Ciencias Sociales de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Trabajó en la Vicaría de la Solidaridad y fue profesora en la Universidad Católica de Curicó y en la Universidad Autónoma del Sur en Talca. Desde 1993 trabaja en el Ministerio de Desarrollo Social. Tiene poemas y cuentos publicados en distintas editoriales. Espora Ediciones publicó su libro de cuentos *Fragmentos de Chile* en el año 2018. En conjunto con Eduardo Contreras Villablanca ha publicado las novelas *La verdad secuestrada* (Mago editores/Espora, 2019), *Estación Yungay* (Espora/Rhinoceros, 2020), y el libro de cuentos de ciencia ficción *Investigando humanos y otros cuentos para el fin del mundo* (Espora, 2020).



7 películas antes de matar al señor Scrooge

Una novela de Gianfranco Rolleri

www.espora.cl

Esa noche el escritor salió subrepticamente de la casa familiar con el afán de conseguirse una puta. Su matrimonio era un desastre desde hacía tiempo, pero no era ésa la causa esencial de tal trasgresión. Le gustaban las putas. Había sido iniciado en el sexo por una «patín», una prostituta callejera, y desde entonces sus gratificaciones auténticas pasaban por elegir una mujer de su agrado, someterla a algunas rutinas predilectas, conversar un poco sobre la vida de ella, pagar más de lo pedido y... hasta la próxima. Había un toque abyecto en aquella componente de la personalidad tímida y acomplejada del escritor. Se acordaba siempre de la frase de un amigo, al cual había tratado, torpemente, de seducirle a la esposa. El amigo le gritó con crueldad, frente a ella: «Guatón, mejor búscate una maraca para que te haga cariño».

Habiendo esperado que todos se durmieran, sacó el auto. Un auto rojo, conspicuo como el que más. El vehículo con el cual se llevaba a los niños al colegio y se hacían las visitas sociales. Pero el escritor andaba como nunca necesitado de una puta. Se acercó, pues, desde donde residía, en Ñuñoa, hasta las esquinas de Providencia y Apoquindo. Por allí se exhibían las prostitutas callejeras de cierta calidad, a partir de las once de la noche. Fue en los alrededores de avenida El Bosque que vio un grupo. Llamativas, hermosas. Le gustó una más bien pequeña, de

largo pelo negro y pantalones ajustados, que se balanceaba sobre unos enormes tacones puntiagudos. Detuvo su auto en la parte más oscura y le hizo un gesto. Vio como se acercaba. Pero otra se le adelantó y subió en el auto para negociar.

Era una mujer alta y de pelo platinado, bastante delgada aunque voluptuosa. Muy maquillada. Voz ronca. Sonrisa seductora. El escritor no estuvo seguro, pero le pareció que era un travestí. No se atrevió a echarla del auto y prefirió seguir el juego, tal vez era la oportunidad de una aventura diferente. Ella procedió a indicar al escritor un lugar oscuro en las cercanías, para atenderlo en el propio vehículo. Una vez alcanzada la sombra cómplice, cobró por adelantado. Luego acometió los preliminares habituales en estos casos, aunque con demasiada pasión y una pizca de brusquedad, según le pareció al escritor. Se sintió ajeno y traqueteado, su líbido se negó a responder; pero la mujer parecía hallarse a sus anchas y decía qué rico, qué rico, a cada rato.

Pronto se dio cuenta el escritor que su billetera no estaba en el bolsillo posterior de su pantalón, como tenía por su costumbre. Reclamó. Ella le dijo que se le había caído al suelo, entre sus pies. El escritor la recogió. Revisó y se dio cuenta que todo su dinero había desaparecido. Con la máxima ira que su mentalidad pusilánime le



permitía, increpó a la puta. La respuesta fue violenta. La mujer lo trató de degenerado, de meterse con un hombre como era él, y amenazó primero con mostrarle lo que le colgaba entre las piernas, después de acusarlo a su señora, que debía tenerla, denunciarlo a los pacos, en el trabajo, a medio mundo. Y que no se atreviera a dárselas de duro porque llevaba una navaja. Se la enseñó.

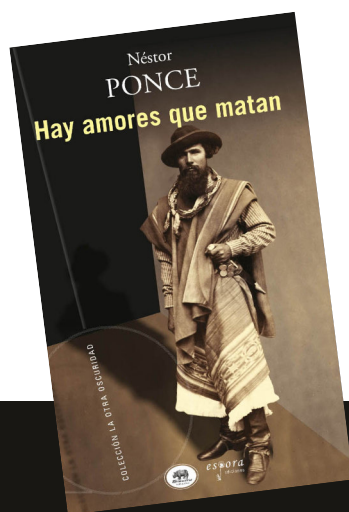
«Ahora nos vamos a un cajero automático y me vas a regalar cien lucas», le dijo. «Si no te portas bien, te cago, cariño. Soy un macho bien recio». El escritor no intentó resistir ni nada por el estilo. Partió con ella en el auto hacia un cajero, y sacó los cien mil pesos, más otros cincuenta que el travestí le exigió. «Me das lástima, gordito», susurró la platinada a modo de despedida. «Eres una mierda, pero simpático. Te voy a dejar tranquilo. Me conformo con esto por ahora». Y se alejó meneando las caderas.

El escritor soltó el aire que tenía acumulado. Sin esperar que se le aplacara el pulso, partió en su auto en dirección a casa, preocupado, avergonzado, asustado, humillado. Se sintió patético. Se había salvado de una buena. A los pocos minutos de manejo logró tranquilizarse un poco. Pensó que, en compensación, debía sacarle partido literario al feo asunto. Transformarlo en una gesta heroica, cuya presa era el travestí. Se vio a sí mismo, como en una película de la serie negra, golpeándolo con furia, engañándolo para arrebatarle la navaja, haciéndolo pedir perdón y finalmente entregándolo a la policía hecho un guiñapo. Se refociló con el cuadro de su propia valentía.

Imaginó el inicio de un cuento que podría mandar a algún concurso de la SECH: «Esa noche el escritor salió subrepticamente de la casa familiar...». **TN**

Bartolomé Leal

Escribe sobre todo novela negra, investiga sobre el género y funge además de editor, director de revista, docente y agitador del *noir*. Su últimos libros publicados son *La venganza del aparapita* (Nuevo Milenio, Cochabamba, 2020) y *Femicidios a la carta* (Espora/Rhinoceros 2020). Espera sacar algún libro nuevo en 2021.



Colección «La otra oscuridad»

Hay amores que matan

Néstor Ponce

Rhinoceros www.espora.cl

-Detective, no es claro que haya sido asesinato, pero la viuda lo denunció— le dijo la chica con casaca PDI cuando Marañón llegaba a Simpson 7, y se disponía a pasar bajo la cinta plástica que decía «ESCENA DEL CRIMEN - NO PASAR». Se detuvo frente al pendón de la entrada: «La última novela de Diego Solimano, Editorial Luciérnaga. Presentan, Cardoch y Contreras». La noche estaba fría, una molesta garúa se dejaba caer sobre su bardina blanca.

—Mmm, «Piel de fango, y Asesinato en el biógrafo», respectivamente — se dijo en voz muy baja, asintiendo con su movimiento vertical del rostro. Levantó la voz y se dio vuelta para dirigirse a la chica de casaca azul— ¿Que dijo la viuda, y los testigos?

—Estaba firmando dedicatorias de su libro, y de pronto se desplomó sobre uno de los ejemplares— la chica caminaba tras el detective que entraba a la sede de la Sociedad de Escritores de Chile, mientras lo ponía al tanto—, los forenses están analizado si pudo haber sido envenenamiento, que es lo que supone la viuda.

—Diego Solimano, «Una pequeña historia erótico policial»— Leyó en voz alta Marañón de uno de los ejemplares de la novela sobre la mesa de la entrada, había varios ejemplares sobre ella. Cogió uno de los pocos que estaban sin cobertura plástica—. No han tocado nada, ¿verdad?

—Recibimos el llamado de Soledad Pierani, la viuda, y llegamos en diez minutos. Los forenses se llevaron el cadáver, nosotros sacamos a toda la gente y no se movió nada. Testigos nos dijeron que no cambiaron cosas fuera de lo normal— Era pequeña, y miraba hacia arriba al detective que mediría más de uno ochenta y cinco—. Bueno, Intentaron revivirlo, había dos médicos en el lanzamiento y creen que fue un shock neuronal... en ese

ajetreo pudo haber cambios de la escena del crimen, pero al parecer todos naturales a la situación.

—Shock neuronal... producido probablemente por envenenamiento —cerró el detective mientras caminaba hacia el escritorio, sobre la tarima del escenario, hojeando el ejemplar de la novela.

—Se tienen que haber movido algunas sillas del público con el alboroto, aunque casi todos estaban en el salón de al lado —Ella le mostró con un gesto la sala contigua, que tenía sobre su mesa bandejas de canapés, quesos y aceitunas y varias copas de vino, la mayoría ya vacías y a medio beber, y unas pocas esperando llenas en el centro de la mesa. Llevaba una libreta en la mano que leía mientras informaba al detective—. La señora Pierani conversaba con los dos escritores que presentaron la novela, Cardoch y Contreras, cerca de la entrada, y había dos personas a la espera de la dedicatoria de Solimano, una chica de veintitantos y un sobrino del escritor. El resto de la gente estaba en el vino de honor, al lado. —El detective escuchaba el reporte mientras deslizaba la vista por el salón principal, las sillas desordenadas, el escritorio, la silla del escritor y los pendones de la editorial. En el lugar sólo pululaban un par de PDIs tomando fotografías mientras hablaban con una persona, al parecer de la SECH. —La copa de la que bebía Solimano se la llevó Contreras desde el otro salón al escritorio en el que firmaba. Está en poder de los forenses, para revisar el vino.

—¿A quién le firmaba el libro cuando pasó esto? — preguntó mientras se acercaba lentamente al escritorio—. Mira, al parecer el que quedó a medio firmar no lo tocaron más, y Solimano cayó sobre él.

El ejemplar sobre la mesa tenía la tapa doblada. Marañón la tocó con cuidado para terminar de abrirla.

—Le escribía la dedicatoria a la chica que no conocían los testigos con que hablamos, los dos presentadores, la viuda, y el sobrino que aguardaba su turno para la firma.

—¿No la conocían?

—No es raro, me dijeron, había mucha gente, amigos, colegas de la universidad en que hacía clases, y también alumnos y alumnas. Piensan que la chica pudo haber sido una de ellas... —la interrumpió el ring de su celular—, perdón detective. ¿Aló? —se alejó hablando.

Marañón mientras tanto, con sumo cuidado levantó la primera página y leyó la dedicatoria que Solimano escribía a la chica con tinta negra. «Cariñosamente para Viviana, la chica del sostén blanco con encajes». Frunció el ceño y miró a su alrededor. Tomó el libro de la tapa doblada, y junto al ejemplar que ya tenía en su mano lo acomodó bajo su brazo. Volvió en ese momento la chica con casaca PDI. Al ver que el libro ya no estaba sobre el escritorio lo miró con el rostro de soslayo.

—Y el libro, ¿Lo sacará de ahí ya?

—Lo llevaré yo mismo a analizar las huellas, por el mensaje de la dedicatoria, mejor que no lo vea Soledad Pierani —Le pasó el ejemplar a la chica abierto en la página de la dedicatoria. Ella la leyó rápido y luego levantó los hombros.

—No veo qué tan grave es que Pierani lo lea, en fin. Ah... detective —Se irguió sacando el pecho hacia adelante para continuar, cambiando de tema -, llamaban los forenses, dicen que fue envenenado con estricnina, la viuda tenía razón. Pero la copa de vino no estaba contaminada.

—Se salvó Contreras —dijo girando su mirada pasando por sobre la pequeña chica de la PDI.

—A propósito, el escritor Contreras está afuera de la sede, bajo la garúa esperando, por si quiere conversar directamente con él.

—No, él escribe novela negra, puede tener mucha imaginación para ver cosas inexistentes. Díganle que se vaya ¿Y Cardoch no está?

—No, se fue con Soledad Pierani, con el cuerpo de Solimano y los forenses.

Volvieron ambos a mirar el escritorio con detalle. Había tres ejemplares de la novela aún emplastados, el micrófono apagado en el lado derecho y dos lápices bic de tinta azul al lado izquierdo del escritorio mirado desde la silla que usaba el escritor.

—¿Era zurdo? — le preguntó a la chica de la casaca azul

—Mmm... no lo sé. ¿Le pregunto a Contreras?

—Sí, pero espera un minuto —Acercó la vista a la mesa y vio que ambos lápices tenían la tapa mordida —. Tal vez también sabe si Solimano solía llevarse el lápiz a la boca y morder la tapa. Aunque... —Se llevó la mano derecha a la frente y la deslizó sobre la cabellera cana hasta la nuca —Esos lápices son azules, ¿verdad? ¿O son sólo las tapas?

La chica se puso rápidamente un guante de goma en su mano derecha, tomó cada uno de los lápices con cuidado y rayó sobre la palma de su mano izquierda.

—Sí, ambos son azules.

—Necesitamos uno negro —dijo él dirigiendo su vista al suelo aun sobándose la nuca con su mano derecha.

—¿De tinta negra? —Frunció el ceño mientras lo miraba—. Ah, la dedicatoria a la chica desconocida, o tal vez alumna.

Se agacharon ambos y buscaron por el suelo, alrededor del escritorio, en el lugar donde intentaron revivirlo, y siguiendo el camino que se abrieron corriendo sillas para sacar el cuerpo. No encontraron nada.

—Ya, ve a preguntarle a Contreras.

—Lo de si es zurdo y la mordedura de las tapas de lápiz. Le preguntaré también por detalles de la mujer, tuvo que haberla visto.

—Sí, pero que no te embauque con sospechas y suposiciones. —La chica de casaca azul ya iba en camino, tal vez ni siquiera lo escuchó. Marañón fue a la sala del vino de honor.

Miró desde la entrada el panorama general. Difícil saber si alguna de esas copas a medias podía tener huellas importantes. La mayoría serían de escritores, noveles y fracasados, o de profesores de la universidad. El o la asesina programó bien el asunto, no se equivocaría en dejar ahí una huella.

Se acercó a los dos libros que quedaron sobre la mesa después del alboroto de la muerte. Se puso sus lentes sacados del bolsillo de la gabardina, tomó el primero y lo abrió. La dedicatoria parecía tener la misma caligrafía que el que recibió la cara moribunda de Solimano. Tomó una silla del rincón y la arrimó a la mesa. Abrió las dos dedicatorias y las comparó.

La dedicatoria del libro abandonado en la mesa del vino de honor era para un tal Alfredo: «Con afecto, para mi amigo y colega Alfredo», y abajo una firma que parecía decir Solimano. La misma caligrafía, pero con tinta azul. Nada del piropo como lo del escote, obvio, pensó al releer el del libro que quedó sobre el escritorio. Miró nuevamen-

te la de tinta negra. No había alcanzado a ser firmado: murió con el lápiz en la mano... y en la boca, pensó.

Tomó el otro ejemplar que estaba un metro más allá sobre la mesa, miró la dedicatoria: «A mi amiga Bárbara Villasante, con un gran abrazo... Solimano». Tinta azul, y se dijo: Villasante, lo que no tiene de buena escritora lo tiene de guapa... y ni un piropo, ni una alusión a su escote ni a su mirada. Claro a lo mejor ese sí lo podría leer Soledad Pierani. Entró apurada la chica de la PDI.

—Detective, detective —se detuvo frente a él y enumeró con los dedos de la mano derecha. Primero: efectivamente Solimano era zurdo; segundo: sí, tenía el tic de llevarse siempre los lápices a la boca, Contreras dice que se los tenía que regalar cada vez que le cogía uno a él cuando revisaban los escritos; y tercero: Contreras dice que la chica era muy linda, y que se vestía tal como la descripción de la chica del libro, lo que es muy raro para esta época del año, le mandó decir que leyera la última página de Una pequeña historia erótico policial.

—Te dije que no le preguntaras más de lo que te ordené —le dijo frunciendo el ceño, y sonriendo.

—... Y, ¿no la vamos a leer? —dijo la chica, tomó el ejemplar dedicado a Alfredo para leer en voz alta— primero el arranque —dijo—, «Durante los últimos cinco años consideré esa breve etapa de mi vida como un sueño agridulce, un efímero huracán de inspiración que me permitió escribir la novela de Paulina, nada más ni nada menos». Paulina, el personaje... aunque con toda seguridad en la vida real no se llama así.

—Muy bien—dijo el detective poniéndose de pie—, ahora el final.

—«... era una mujer de pelo crespo y dorado. Guardé silencio y la miré en detalle, tenía pintado un lunar en la mejilla izquierda. Me sonrió, brillaron sus ojitos negros y se arrugó su pequeña nariz. Llevaba un vestido blanco,

ceñido y escotado, vi los encajes del borde de su sostén.» ¡Es ella! —dijo la chica. El detective leyó lo mismo del ejemplar de Bárbara Villasante, asintió con la cara y una sonrisa, y dijo:

—Y hay más, algo que Contreras no descubrió... lee el párrafo siguiente —ordenó él, la chica de la PDI continuó en voz alta y atropellándose en la lectura.

—«...Por supuesto, ¿Cuál es tu nombre?... Amparo... Me entregó el libro y seguí contemplándola varios segundos. Ella permanecía con sus ojos bien abiertos, devorándome las pupilas. Bajé la mirada, fui a la tercera página, en la que aparecía la dedicatoria, tarjé 'Paulina' y escribí 'Amparo, la chica del sostén blanco con encajes', dibujé mi mosca en el centro de la página, cerré el ejemplar y se lo entregué.» ¡Sí, es ella! Está dentro de la novela.

—Sí pues, y como estaba todo bien planeado, será muy difícil que la encontremos —dijo sacándose los lentes para guardarlos en el bolsillo interno de la gabardina—. Leamos la novela hoy en la noche, con seguridad encontraremos más detalles sobre el personaje, y quién sabe si el móvil del asesinato.

—Muy bien detective... una sólo cosa más —Marañón la miró esperando su última sugerencia—. Tiene que reconocer que Contreras no tenía cómo haber leído la dedicatoria de lápiz negro, estaba dentro del cordón de la investigación.

—Pero debió haberlo intuido —dijo levantando el dedo índice—. Ya, por favor vaya donde Contreras, dele las gracias y pídale el número de teléfono, por si necesitamos más información —cuando la chica ya se alejaba le gritó que se detuviera—. Y dígame también otra cosa: que es absolutamente inverosímil eso de que la cajera del Biógrafo haya sido amante del asesino. **TN**

Hugo Martínez

Chileno, Ingeniero agrónomo de profesión, 57 años, desde los treinta es escritor de novelas y cuentos. Dos novelas publicadas, ambas con MAGO Editores: La Solano y el tímido escote de Carolina, 2006; y Tres inviernos para Isidora, 2010. Con la primera de las novelas obtuvo mención honrosa en los Juegos Literarios Gabriela Mistral, de la Municipalidad de Santiago.

Desde el año 2008 participa en el taller literario del escritor Poli Délano, y ha publicado cuentos en distintas antologías. El último de ellos el año 2017, en el libro El taller de Poli Délano, que incluye creaciones de los participantes del taller, grupo que continúa trabajando aún después de la muerte del escritor.



El almuerzo desnudo

de Willam Burroughs



Por Bartolomé Leal

Desde hace tiempo me dedico más a ver cine que a leer. No obstante mantengo un interés obsesivo en el espinado tema de las adaptaciones literarias. Pues fue así como cayó en mis manos y disfruté la película *El almuerzo desnudo* (*Naked Lunch*, 1991) del canadiense David Cronenberg, que los lectores cinéfilos deben conocer bien. Una adaptación destacable no solo por el estilo despiadado de este maestro del «gore» sino porque, para algunos, hace legible un libro bastante difícil: el de William Burroughs con el mismo título (1959).

Además, Cronenberg no adaptó literalmente sino que usó materiales de allí y de otros libros (como *Nova Express*, otro difícil); así como también datos de la vida de ese escritor maldito entre malditos. Se inspiró en fotos suyas para vestir al protagonista, traje y sombrero de personaje del cine negro. El crimen al parecer accidental de su esposa aparece recreado. Jugando al Guillermo Tell le disparó a una manzana colocada en la cabeza de ella, con el resultado que la bala le entró en pleno cráneo. Finalmente fue considerado un accidente, un error desgraciado. Burroughs dejó así de ser un «escritor asesino».

En unas escenas que se supone transcurren en Tánger hace emerger personajes que corresponden a sus amigos escritores Allen Ginsberg y Jack Kerouac, animadores de la Generación Beat en la década de los 50; y también los Bowles (Paul y Jane, su esposa), escritores viajeros y aventureros no menos desquiciados en lo oscuro. La misma actriz (la bella Judy Davis) hace dos papeles: Jane Bowles y la esposa del detective protagonista, el propio Burroughs. La escena del disparo se reproduce en dos contextos, uno más bien realista y otro alucinatorio. Cronenberg, vaya.

Por ahí se ha afirmado que Cronenberg transforma en postales de horror lo que son las alucinaciones de Burroughs, sobre todo las máquinas de escribir vueltas unos cangrejos asquerosos; y su hambriento culo parlante, que en las imágenes de Cronenberg provoca vergüenza ajena... Ni mencionar algunos escalofriantes acoplamientos sodomíticos. Como sea, no faltan el humor, la fantasía desbordada y la extrañeza en cada escena, lo cual no está lejos de la narrativa de Burroughs; y tampoco de la de Paul Bowles, seguramente muchos conocen sus tenebrosos relatos. Pues bien, Ginsberg y Kerouac aparecen en la película como un par de amanerados que tratan honestamente de ayudar a su delirante amigo Burroughs, protagonista de la novela y de la película, una especie de detective privado metido en una conspiración distópica; sabiendo por supuesto que su locura no tiene remedio.

Arriba me permití repetir frívolamente que la novela de Burroughs era para algunos más bien ilegible. La verdad es que no es nada de eso. Quizás es difícil de leer para quien busca el facilismo de los libros superventa, por autores de prestigio probado; aunque no para un lector interesado de veras en la literatura. Se trata de una obra compleja y sombría. Es destacable, por añadidura, que se erige en una de las principales obras del autor y tiene su lugar entre las novelas sobresalientes del siglo XX.

He tenido la suerte de disfrutar dos novelas tempranas de Burroughs: *Yonqui* y *Queer*. La primera es de 1953 y la segunda fue escrita en la misma época aunque recién publicada en 1985, tras diversas peripecias: rechazo de editores, dudas del autor para publicarla, varias reescrituras y luego canibalización (Chandler dixit), para reforzar *Yonqui*. Ese título, *Queer*, que desde el título plantea una

provocación, es una novela que se podría llamar «mexicana», como *Bajo el volcán* de Lowry, *La serpiente emplumada* de Lawrence o *Los detectives salvajes* de Bolaño, entre otras obras eminentes que han diseccionado el alma de la gran nación mesoamericana.

Yonqui y *Queer* no sólo son novelas totalmente legibles sino que comunican. Amenas y seductoras. La primera trata de la experiencia del autor con la adicción a las drogas duras y sus sufrimientos durante los períodos de abstinencia, obligado por la falta de dinero o los tratamientos de desintoxicación. La segunda es la novelización de un amor homosexual, donde también aparece como trasfondo el tema de la drogadicción. *Yonqui* es una novela tensa y dramática, obsesiva en la pormenorización de detalles técnicos acerca del consumo de drogas, llena de ironía y sentimiento autodenigratorio. *Queer* es patética, contiene confesiones a menudo desgarradoras acerca de una pasión equívoca no correspondida; eso no quita que Burroughs se muestre a menudo divertido y sarcástico, a pesar del contenido íntimo de su escrito.

Ambas obras ayudan a entender mejor *El almuerzo desnudo*. Como en pocos autores, se puede decir que William Burroughs es autor de una sola obra, partida en capítulos y donde su vida personal es tema central. Obs-

ionado por la culpa de su crimen involuntario. Pero también están sus convicciones políticas. Ambas novelas tempranas iluminan los contenidos de su posterior trilogía futurista *Nova*, sobre la sociedad totalitaria y el control de las mentes a través de virus inducidos, contaminantes del ser entero, empezando por el lenguaje. Destaca *Nova Express*, galardonada en el entorno crítico de la ciencia-ficción, aunque debe haber resultado una pesadilla en su traducción al castellano para los lectores del género en la prestigiosa colección «Minotauro». Se lee mejor si se conoce el resto de la obra de Burroughs.

Digamos como colofón que el detective Bill Lee, *alter ego* de Burroughs, protagoniza aquellas obras, así como *El almuerzo desnudo*, dándoles una dimensión biográfica del mayor interés para conocer a este autor fuera de serie, tan influyente en las generaciones posteriores de narradores; amén de enaltecer la relación afectuosa, cómplice y estéticamente provechosa con sus compañeros de generación y amigos personales, Allen Ginsberg y Jack Kerouac. Compañeros de toda laya de aventuras pesadas. En cualquier caso, *El almuerzo desnudo* es antes que nada literatura, narrativa, arte, experimento y no pura confesión. He allí su valor primordial.

TN



Asesinato en la Sociedad de Escritores de Chile

Iván Quezada

*Con este relato inauguramos en **Trazas Negras** la publicación de una novela corta (o cuento largo según algunos), una innovación que esperamos sea apreciada por nuestros lectores y lectoras. El texto será publicado en tres entregas sucesivas de nuestra revista.*

Primera Entrega

I

La alarma me despertó de madrugada, cuando recién conciliaba el sueño. Era el sensor en la Sociedad de Escritores conectado a mi celular. Fue idea del presidente, que últimamente sólo hablaba de Internet. Di mi consentimiento para que cambiase de tema y sonrió satisfecho. ¡Y ahora el maldito aparato cumplía su función!

«Ando con mala suerte», pensé mientras me vestía.

Pertenezco al gremio desde hace treinta años y como vivo a dos cuadras de la casona, frente a la Plaza de la Dignidad, me encargaron cuidarla durante la cuarentena. Acepté con la secreta intención de abandonarla... Por mí que se incendiase. Odiaba ese lugar.

Llegué de Linares, en mi juventud, obsesionado con ser escritor. Mi plan era consagrarme en cuerpo y alma, incluso no me casaría. Durante años logré subsistir gracias a una pequeña herencia, pero, aparte del libro de cuentos con que obtuve mi carné de socio, jamás volví a escribir. ¡Fueron miles de días perdidos!... Y todo por culpa de esa casona. Me estrangulaba desde el interior de mi cabeza, peor que el inconsciente. Había algo diabólico en sus puertas, mirándome por las ventanas, enseñándome sus colmillos...

Pese a mi improductiva pluma (o por lo mismo), los viejos se acostumbraron a mí y un día me nombraron «Secretario Eterno»... Eran malévolos y sarcásticos. Debía apurarme. Seguro fue un ratón, pero si era otra cosa me perseguirían hasta el infierno.

Salí a la calle y quedé de una pieza por el frío. El nochero de la cuadra, que justo pasaba por allí, me mostró su dentadura castañeteando y soltó la risa.

—No se preocupe, don Jeremías, uno se acostumbra rápido —dijo con la respiración entrecortada.

—Uf, preferiría no adquirir tal destreza...

El tipo se rio y a duras penas, con sus rodillas congeladas, continuó hacia el Parque Bustamante.

Mi abrigo era delgadito, una tela de cebolla, y para colmo había toque de queda. Avancé tiritando por Vicuña Mackenna, con los dedos cruzados para que no me llevaran preso. Tenía la garganta fría como el hielo.

*

—Dígame su nombre —exigió el inspector de la PDI.

Era un tipo joven, engominado y que olía a alcohol gel. Me reí de él. Aunque no veía su rostro por la mascarilla, tenía toda la pinta de un político derechista.

—Jeremías Hidalgo —dije—. Quizás me conoce por mi libro de cuentos...

—No lo ubico. ¿Qué hacía aquí de madrugada, en pleno toque de queda?

Llevaba una hora en la casona. Lo primero que hice fue ir por el gran salón hacia el pasillo de atrás, con las luces apagadas y el celular como linterna. Cuando llegaba a la

cocina noté unas tablas sueltas en el piso. Las removí con dificultad y debajo, al palpar en la oscuridad, descubrí un bulto. Miré hacia todas partes, preguntándome qué sería, aunque ya lo imaginaba y luego lo comprobé: era el cadáver de una joven, ovillado y maltrecho, cubierto por una gruesa capa de polvo. Di un salto hacia atrás...

—¿Aquí tienen cámaras? —bostezó el policía, aburrido con mi historia.

—Nada.

—Mal, muy mal en estos tiempos... —el desprecio brilló en su mirada. El caso, al parecer, le quedaba «chico».

—No se debe a la pobreza, si eso piensa —dije exaltado, ajustándome mi mascarilla—. Nosotros creemos en las palabras más que en las imágenes. Con el sensor nos basta y sobra, y por cierto es un buen gancho para empezar una historia. Si hubiese leído mi libro, sabría que escribo novela negra.

El policía se rascó la cabeza, desconcertado.

—Igual podemos obtener algo del aparato... ¡Traígalo! —gruñó tras una pausa.

Estábamos en el vestíbulo, viendo el ir y venir de los laboratoristas, enfermeros y pacos. Fui por el sensor a una oficina cercana, preguntándome quién se creía. Era un pelagatos, un pelafustán, pero se suponía indescifrable, la última chupada del mate... Al volver le daría su merecido.

—Tendrá que usar su imaginación para interpretar los datos —le advertí en tono de chacota, entregándole el dispositivo. Y agregué:

—Disculpe que dude, pero no sé si logrará armar el rompecabezas. Usted no parece tener esa habilidad. ¿Ha leído poemas... siquiera unos versos...? ¿Con una rima me conformo! ¿Se ha estrujado el seso alguna vez en la vida? ¿Siquiera una vez!

—No sé de qué habla —dijo hecho una furia y partió hacia la calle.

«Este fulano jamás podrá resolver un caso literario», me burlé divertido, y decidí tomar cartas en el asunto. A fin de cuentas, era el «Secretario Eterno» de la SECH.

II

Por la mañana, con pocas horas de sueño en el cuerpo, salí en búsqueda del asesino. Era como encontrar una aguja en un pajar, pero, como nunca, confiaba en mi intuición.

El día era gris, apropiado para el luto que sentía. El rostro de la muchacha porfiaba en mi memoria: sus ojos estaban cerrados con el cierre de sus pestañas, su boca me

causó la impresión de estar a punto de decir una palabra, sus manitos eran caracoles. De algún lugar la conocía... Dejé atrás la Plaza de la Dignidad y seguí por la Alameda. Los enmascarados, hombres y mujeres, miraban el suelo o a ninguna parte. La ciudad parecía sitiada por un ejército que nunca avanzaba hacia su interior.

Cuando alcanzaba la Avenida Portugal, escuché la campanilla de un nuevo correo en mi teléfono y leí el remitente: «Emiliana Salas Brown». Ni en pelea de perros había oído ese nombre. Me fui al Parque San Borja para averiguar con calma, en un banco, lo que quería. Quizás hasta era la asesina y me había equivocado al creer que era un hombre...

Pero no, se trataba de una periodista. El correo contenía el *link* a una noticia escrita por ella en su web. Identificaba a la víctima como Rita González, una poeta joven... ¡Claro que la conocía! Alguna vez me preguntó en la SECH por un taller literario y le recomendé el de un amigo. Era una chiquilla belicosa, de bototos y medias negras. Estaba en desacuerdo con todo el mundo, aunque sus razones no eran feministas, como se podría creer. Hace un año había desaparecido del medio y la olvidé de inmediato. Era una entre muchas que buscaban en la escritura una terapia.

Miré las copas de los árboles, dudando entre un banco y otro. Cuando joven me gustaba perder el tiempo en ese parque. En los días de protesta no llegaba el gas lacrimógeno, a lo sumo pasaban algunos muchachos huyendo de los pacos. Los observaba con el lápiz y mi libreta en las manos, pero nunca supe qué escribir sobre el asunto. Ahora su glorieta y sus caminitos estaban desiertos, causándome una impresión de absurda eternidad. Casi había olvidado mi propósito cuando entró una llamada al celular. Detuve mi paso.

—¿Aló?... —pregunté y nada. Iba a cortar, pero de pronto escuché la típica tos del presidente de la Sociedad.

—¿Por qué no me ha llamado?! —gritó iracundo.

—Disculpe, don Isidoro, aún estoy sin palabras...

Era un gruñón y además tabacómano. Lo imaginé en el living de su casita en Ñuñoa, envuelto en una frazada. Con su terno habitual, brillante de tanto plancharlo, aunque arrugado en los codos y rodillas. Siempre fue flaco y con el pelo sin una cana, incluso en su vejez. Sospechaba que era diez centímetros más bajo; tal vez usaba unos zapatos con plataforma... Pero me caía bien. Era justo y alternaba su mal humor con la amabilidad. Si lo describo como un imbunche es porque soy malo no más.

—No pude ir anoche, cuando me avisó la policía —

dijo—. Usted sabe que no estoy para esos trotes. ¿Qué pasó? ¿Cómo es posible?

—Estoy perplejo. Nadie en la Sociedad es capaz de hacer algo así. Creo que fue una venganza contra la Literatura...

—No se ponga solemne —rio sin ganas—, este crimen es la obra de un idiota. ¿Para qué darle más vueltas?

—Usted sabrá, pero tengo un mal presentimiento. Los escritores debemos esclarecer la verdad. Voy a investigar hasta dar con el granuja.

—Tengo la duda de si usted es un idealista o un esnob. Haga como quiera.

—¿Por qué esa indiferencia? «Los escritores son la sal de la tierra», dice la gente y tiene razón.

—Somos un club de brisca o cacho, nada más. El libro es papel muerto. La ignorancia llegó a la desesperación y ya no hay vuelta atrás. ¡Ni siquiera los escritores leen! A lo sumo uno o dos poemas de un amigo y enseguida lo encuentran un gran autor, y pésimo si es un enemigo. La literatura se ha vuelto un negocio de chauchas: la vanidad enmascara la codicia por las limosnas del Estado a una actividad que vive de un prestigio añejo, en vías de extinción. Y si por mala suerte vendes muchos libros, entonces tu valor es exactamente el precio de cada ejemplar. Da igual si escribes estupideces.

—Ahora entiendo: es un pesimista. Admito que es una actitud misteriosa, superior a mi entusiasmo adolescente.

—Habla así porque sólo ha publicado un libro. Si llevara diez como yo...

—Usted me cree un tonto.

—Nunca he dicho eso. Espero que todo esté ordenado en la Sociedad, un asesinato no debiera acabar con nosotros.

—Bah, no es el primero que afecta al gremio.

—Pero una jovencita... En fin, vaya con cuidado en

su pesquisa. Y ahora debo despedirme, tengo otra llamada.

—Una última cosa. Si no es mucha la indiscreción, ¿me podría decir cuántos cigarrillos se fumó mientras hablábamos?

—Poco, cinco no más.

*

Era alta y delgada como un mástil. Cuando abrió la puerta le calculé dos metros, pero después ella me corrigió: medía un metro y ochenta y seis centímetros. ¡Tan orgulloso que estaba de mi metro setenta y tuve que tragarme mi vanidad! Su rostro era bello, de ojos claros, y sus brazos le colgaban como dos cabos sueltos. Emiliana Salas Brown, la periodista, me invitó en su correo a visitarla. Su departamento quedaba unos pisos sobre el Portal Fernández Concha, junto a la Plaza de Armas. Me fui serpenteando por las calles del centro, solo como un fantasma. El miedo, por lo visto, era más contagioso que el COVID-19.

Me llevó hasta su sofá, ofreciéndome un café. Mientras estaba en la cocina, observé su notebook en la mesita de centro. Tenía un texto a medio escribir, donde se lamentaba por el «nuevo femicidio».

—¡No diga nada antes de que lo termine! —exclamó al sorprenderme y puso la taza entre mis manos.

—Quisiera ir más allá de la rabia, pero no sé cómo —continuó, sentándose junto a mí—. ¿Estaría bien que invente conocerla? Causaría efecto, creo yo.

—Alguien podría descubrirlo y pasaría un mal rato.

—Me sorprende que un escritor sea escrupuloso.

Solté una risa burlona.

—La imaginación nunca miente —dije—, sólo descubre la verdad de otra manera.

—Corte el rollo, los predicadores tienen prohibida la entrada en mi casa.



Dio un paseo en silencio. Era tan larga, que si hubiera saltado se habría golpeado la cabeza con el techo. Aquel living pudo ser perfecto, con sus muebles rústicos y una fina alfombra, de no ser por una tabla de planchar junto al televisor y un montón de ropa en el suelo.

—Mire —volvió a sentarse y tomó el computador de la mesa de centro—, estaba intruseando en el Face de Rita González. La pobre apenas tenía veintidós años. La siento como una hermana.

Observé la foto de perfil. No era bonita, pero tampoco fea. Su piel estaba hecha de marfil y los ojos de acero. Miraba fijamente la cámara, como si odiase o amara al fotógrafo.

—Me siento culpable —bajé la vista—, estamos profanando una tumba...

—Buscamos la verdad, usted mismo lo dijo.

Me observó intrigada y creí que coqueteaba. ¿Qué edad tendría? ¿Treinta, treinta y cinco años? Recordé mi fantasía de hacer el amor con una mujer alta, las figuras que armaría con sus piernas, pero... Descarté la idea, sería muy poco profesional de mi parte.

Revisamos las imágenes y guardamos una de adolescente, en que aparecía con unas compañeras del liceo. Sus nombres estaban etiquetados.

—Esto vamos a hacer —dijo frunciendo el ceño—: usted interrogará a la mejor amiga de la víctima, seguro

que es una de estas muchachas. Y luego me dará la información. Es la única manera de hacer justicia, porque los policías odian a las mujeres. Los conozco.

—Exagera —sonreí—. Pero, ¿por qué no lo hace usted? No vine pensando en asociarme. Si tiene miedo...

—No es eso. Me carga cómo me mira la gente. ¡Soy un fenómeno de circo, la mujer más alta del mundo! Por eso casi no salgo del departamento. Pero juntos, yo desde aquí y usted en la calle, atraparemos al asesino.

Reí a mis anchas, hasta que noté sus ojos furiosos.

—Conozco mujeres más grandotas, se hace lío por nada —me disculpé con una mueca y añadí: —Me cuesta ver qué ganaría con este acuerdo.

—Lo haré famoso y así podrá publicar un libro.

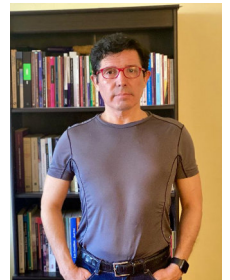
—Claro, cómo es tan fácil...

Al rato, cuando iba por Ahumada rumbo a la Alameda, me detuvieron dos milicos. Los miré como bichos raros cuando me pidieron el salvoconducto. La expresión del que me cursó la multa fue casi beatífica. Les di una palmadita en la espalda al despedirme, diciéndoles que eran «grandes servidores públicos». Y unos metros más allá hice una bola de papel con el parte y la arrojé al suelo, en mi perra vida pagaría eso.

(Continuará...)

Iván Quezada

Iván Quezada se tituló de periodista en la Universidad de Chile. Fue redactor de Cultura de casi todos los medios escritos de la capital y también en Valparaíso, y Editor General de la Revista Rocinante. Ha trabajado como editor en las editoriales Random House, Ojo Literario y Mago Editores. Creó su propia editorial, El Español de Shakespeare. Ha publicado los libros *Elefantes y Cisnes* (novela breve, 2002, TiempoNuevo), *Los Extraños* (cuentos, 2005, Tajamar), *Escritos de ningún lugar* (miscelánea, 2010, Mago Editores) y varios libros de poesía.



La pequeña entrevista policial

Por Marcos Campbell

Siempre es bueno interrogar a los escritores acerca del «gran arte» que cultivan, y al mismo tiempo, a través de sus respuestas, entregar algunas pistas que pueden seguir los lectores para encontrarse con buenos libros, buenas películas o series. Las respuestas que escritores chilenos y latinoamericanos entregaron a la Pequeña Entrevista Policial se irán entregando en los próximos números de Trazas Negras.

Preguntas breves, para respuestas breves.

Vicente Battista

Argentina (1940)

«La novela policial es un género literario que de algún modo exige el rigor del cuento, en donde importa todo lo que se dice y, además, todo lo que se oculta. Como en el cuento, debe imperar un clima de tensión construido exclusivamente con palabras que al mismo tiempo alumbren y confundan al lector. Un relato en el que no sobre ni falte nada».

«Escribo novelas policiacas o negras porque aunque tengo cinco novelas publicadas y una a punto de salir, sigo cercano al género cuento ya que, como supo señalar Poe, es lo más cercano a la poesía. Tal vez ante mi imposibilidad de ser poeta elegí el cuento y luego la novela. Cierta crítica una vez señaló que en mis textos, policiales o no, siempre hay una persecución y la necesidad de resolver un misterio».

«De mis novelas, la que más me gusta, como policial: *Siroco*. En tanto escritura la que más me gusta es *Gutiérrez a secas* que, según se mire, también tiene algo de policial».

«Mi detective de ficción favorito es Philips Marlowe, porque Chandler le supo brindar la ironía del desencantado y la nobleza y la humanidad de un Quijote contemporáneo».

«Mis tres autores policiacos favoritos son Dashiell Hammett, Raymond Chandler y George Simenon»

«Mi película policial o negra favorita es *Adiós muñeca*, dirigida por Dick Richards, con Robert Mitchum en el papel de Marlowe y con una pequeña actuación de Jim Thompson, otro de mis autores favoritos»

Ramón Díaz Eterovic

Santiago (1946)

“La novela policial es el más exigente y atractivo de los géneros literarios. Un género que plantea el doble desafío de hurgar entre las sombras de la sociedad en que vivimos, y contar historias que atrapan al lector”.

“Escribo novelas policiacas porque ellas entregan un punto de vista para mirar una sociedad desde la relación crimen, poder y verdad”.

“De mis novelas, una de mis favoritas es *Ángeles y solitarios*”.

“Mi detective de ficción favorito es Maigret, de Georges Simenon”.

“Tres de mis autores policiacos favoritos son: Giorgio Scerbanenco, Georges Simenon y Juan Madrid”.

“Mi película policial favorita es *Sed de mal* de Orson Welles”.

HÉROE MUNICIPAL





Los jueves de Joaquín Edwards Bello: Cárcel de Mujeres

Me dijeron: compra el libro de María Carolina Geel, es lo más admirable que se ha escrito en estos tiempos.

Lo compré, lo leí en un momento. Se trata de pocas páginas transformadas en libro mediante una habilidad de impresión. Es como un buen capítulo para una novela. Un trozo. En las buenas novelas grandes hay decenas de capítulos así, como en las telas grandes de Tiziano, de Rubens y de Goya, hay decenas de naturalezas muertas o paisajes.

Para los que no han conocido cárceles de mujeres, el libro será una impresionante revelación. Cárceles o prostíbulos. Del Hotel Crillon al Hotel de la calle Lira. Desde un Chile importado a la más triste realidad nacional. Ahí están las nuevas conocidas: María López, la Chamaca, Adelaida, Ofelia, Rosa, Fresia, María Patas Verdes y otras. Parecen asiladas de un gran prostíbulo. Bajo la dulce mirada de una santa: la madre Anunziata.

Adelaida es la bonita y más joven. Las mujeres en las cárceles, como dicen en las italianas, a veces *si maritano fra di loro*. En la obra de M. Villermé, París 1820, hay un estudio de esto. En octubre de 1818, en Saint Lazare, París, una mujer se dio de cuchilladas cuando una nueva prisionera la suplantó. Las cárceles de mujeres no escapan a la ley de la universal dificultad. Aquí tenemos una Escuela Correccional de Niñas en Las Monjas del Buen Pastor, aparte de la de Mujeres. Conservo apuntes de las polémicas desatadas alrededor de esta última, especialmente la del año 1916.

Saint Lazare se encuentra en París, es prisión de mujeres. Hay, además, *maisons de redressement*, o correccionales campestres en Doullens y en Cadillac. En los Es-

tados Unidos, con diversidad de leyes en cada estado, dichos establecimientos se diferencian. La correccional de Copperhead, descrita con mano maestra por el novelista Sinclair Lewis, era antesala del infierno. La llamada Westfield State Farms, en los alrededores de New York, pasaría en nuestro país por un colegio para millonarias. Los campos reformativos parecen excelentes campos de deportes. Cuentan con salones de belleza, cafeterías, restaurante, clases de estenografía, de cocina, de moda, de trabajos campesinos y de religión. Las celdas para mujeres incorregibles son humanas. Los dormitorios individuales se parecen a los de un excelente hotel, con calefacción. La de Marysville en Ohio, hace olvidar a las mujeres los crímenes que cometieron. Carecen de rejas. Pueden salir solas so palabra de honor. En una representación teatral cómica, estilo de cine, las dos «estrellas» del año 1945 habían asesinado a sus maridos. En Westfield y en Marysville se permite el maquillaje. Es sabido que el hermoso maquillaje de la cara es calmante para las mujeres atacadas por formas de locura.

Aquí es otra cosa y, no obstante, en el relato de María Carolina Geel vemos el caso tremendo de la muchacha que después de salir en libertad mata de un hachazo a una mujer para volver a la cárcel. El desmentido de Adelaida, que así se llama la muchacha, es más de detalle que de hecho.

«La Adelaida había satisfecho su obsesionado anhelo: volver y de nuevo amar».

Donde se eleva María Carolina a considerable espacio emocional es en la aventura de las noches en la cárcel, entre el miedo, el celo y, el terror, cuando un horrible alarido de pecadora histérica destruye el silencio.

A veces María Carolina Geel nos recuerda que no es Geel, sino de casta españolísima, Goergina Silva Jiménez, pariente del granadino García Lorca. Es difícil a un lector universal no recordar *Yerma* y *La Casa de Irene Alba*.

El drama de García Lorca que recuerda Cárcel de Mujeres es aquél en que unas mujeres andaluzas solas, sin hombres, apenas pueden dormir escuchando relinchos de animales en celo y cantos de labradores que regresan a sus hogares. Noche de amor frustrado.

Dice María Carolina Geel: «El canto de la Chamaca crece hasta mi conciencia. Su asunto es el de un compadre de quien se enamora...».

Y entonces pa consolarme, ay

Yo me tomé mi cañón, yo me tome...

El cañón en vez de la caña de vino. María Carolina ha aprendido en la cárcel de mujeres el nombre de un trago desconocido en el Crillon.

¿Por qué Crillon? Nombre de un duque francés. Digamos Hotel Criollón, de criollo.

Muy bien describe María Carolina, pág. 62, cierta parte de la cárcel reservada a las delincuentes con plata. Equivale al agregado de Capuchinos en la cárcel de hombres, o Club de la Unión de los presos ricos. Dice Carolina, con mucha gracia: «Las severas religiosas cierran la puerta de este recinto a dos clases de reos: la meretriz y la ladrona, así, ladrona sin eufemismos...» Después cuenta que hay en dicho recinto varias ladronas elegantes, de las llamadas cleptómanas.

Ahora voy al asunto mismo. El asesinato en el Hotel Crillon el 14 de abril de 1955. Me pregunto; ¿con qué derecho juzgan a una poetisa, a una introvertida, cerebral, de talento, hombres sin imaginación o positivistas? Sin embargo, así es en todas partes.

—En Inglaterra ya hubieran colgado a María Carolina, dice alguien.

—Sí. Pero aquí no estamos en Inglaterra, sino en el fin de un mundo, bajo otras estrellas, donde los ríos corren al revés. Allá en Europa, todo es diferente.

No tienen allá esta gigantesca masa eléctrica, volcánica, de la cordillera, que a veces nos trastorna como en Arequipa el Misti. En verdad aquí el Código Penal debiera ser diferente al de Europa. No es que seamos inferiores ni superiores. Somos diferentes, y nada podrá hacernos de otra manera. Somos diferentes. Imposible nos ha

sido adaptar aquí el sistema parlamentario inglés como en Inglaterra. La contextura, la biología, la educación y el carácter son otros. A un pueblo políticamente niño es imposible transferirle leyes políticas viejas. Menos las penales. En Inglaterra falla la ley independientemente del público. Aquí falla la calle. Todo se resuelve en el tumulto de la calle. El público dice que María Carolina no es culpable.

Confieso que no conozco un solo crimen parecido a éste, ni el de la condesa Pía Bellentani en Italia, en 1952. Ni el del María Bombal, en 1941, ni el de Blanca Errázuriz en 1917.

María Carolina es una niña intoxicada de literatura, introvertida, enferma de incompreensión en un clima de indiferencia. Su mano no se armó para matar a un hombre ni a un amor. Se armó para matar al monstruo de su frustración. Para poder gritar su caso. No amaba a ese joven. *¿Was he clever?* Como miles de mujeres buscaba un amor romántico, eterno, histórico. Al no encontrarlo no se encontraba ella. Anduvo enceguecida buscándose a sí misma. Mujeres así se desesperan en un clima de hombres transidos de miedo al ridículo.

María Carolina, tímida y siempre en las nubes, temía que los hombres positivistas la arrancaran de su paraíso. Tenía horror de verse arrancada de sus sueños y sepultada en el basural hediondo de la realidad.

Conocí el caso de una mujer católica y de excelente familia que estuvo a punto de matar a un marido grosero. Este marido la abandonaba y llegaba al amanecer. Cierta noche ella se escondió tras de una cortina y dejó en la mesa un papel en que anunciaba al marido que había ido a suicidarse. Llegó el marido. Tomó el papel. Lo leyó. Bostezó y se arrojó vestido en la cama. Quedó dormido. Ella hizo un esfuerzo para no matarlo.

María Carolina no tuvo eco en sociedad ni en el amor.

Una mujer que ama de veras a un hombre no lo cita en el Hotel Crillon. A ese sitio fue buscando al eco. ¡Me huyes! ¡Te mato! A un algo abstracto se le disparan cinco tiros. No a un ser amado.

De todas las pasiones abstractas, la más fuerte es la literatura.

María Carolina vivió, como muchos chilenos, en un delirio de sobreestimación. Terrible pensar en las es-



tampas gemelas: «Lo que ella pensaba ser». «Lo que era en realidad».

Lloró cuando mató. ¿Por él? Oigámosla:

«Porque la madre de él llenó mi pensamiento».

Lo abrazó como la madre hubiera abrazado al hijo muerto.

¿Deseaba casarse con él? Oigámosla:

«Porque todo el bien que él pudiera darme no alcanzaría a desplazar la espantosa miseria moral que el matrimonio llega a infiltrar en los seres».

Si alguna vez le tuvo simpatías *a él*, «fue por esa sencillez o inferioridad suya que en cierta forma lo hacía superior al mundo demoníaco de la inteligencia».

El sentimiento de frustración le hacía crujir los huesos. Soñaba con viajes. Hizo uno a Lima. Sugerente es el hecho de que olvidó en un taxi setecientos dólares. ¿Dónde iría esa cabecita?

No sabía lo que quería. Mejor dicho, soñaba una vida de princesa de cuento. Una belleza que haría detenerse el tránsito. Alhajas deslumbrantes. Coronada por un gallardo trovador en los juegos florales.

Después de soñar delicias y grandezas de esta clase, ha de ser una pesadilla entrar de pronto en la antecámara oscura del Hotel Crillon del brazo de un corriente joven de la burocracia.

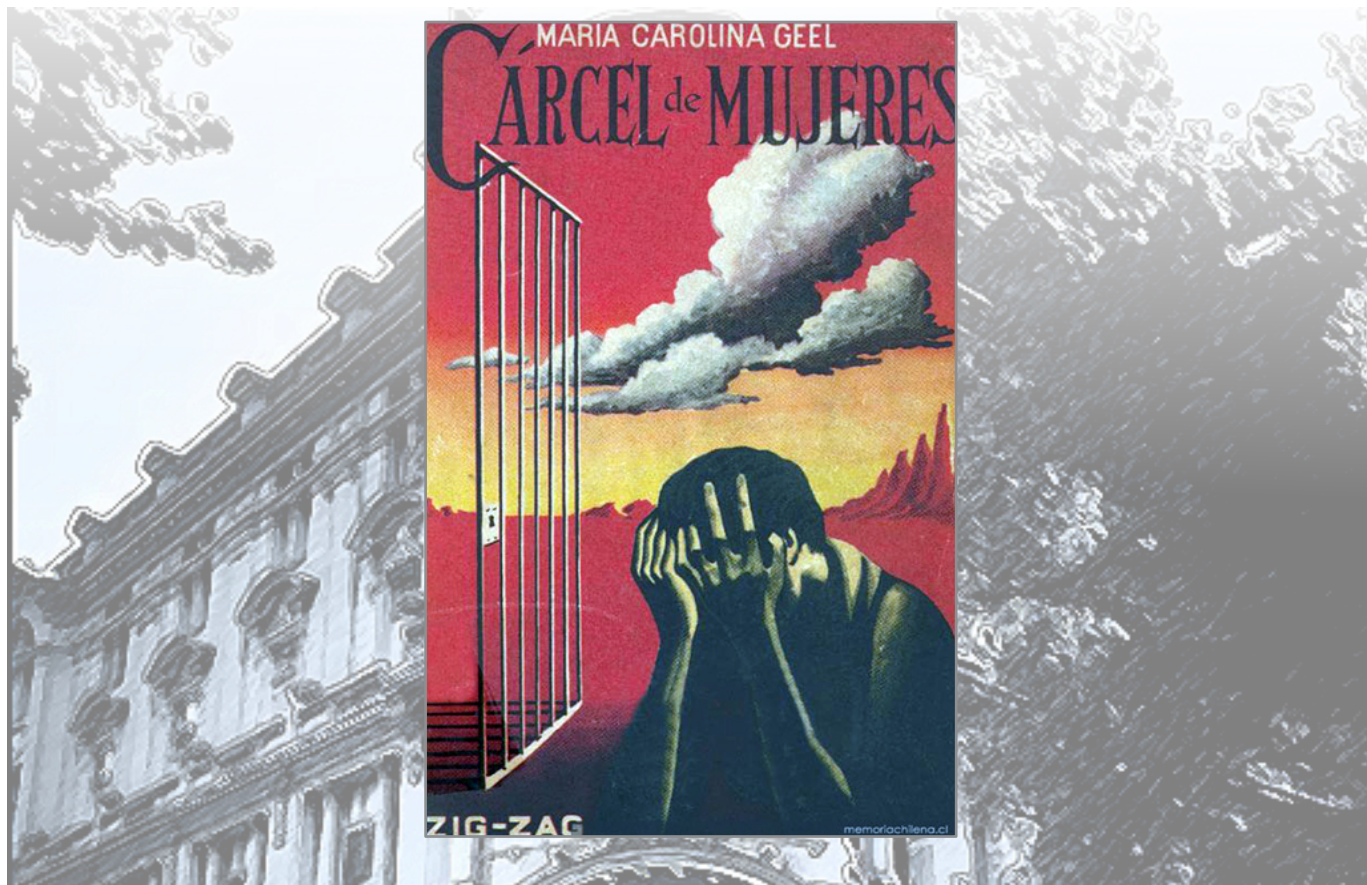
A esta clase de mujeres ebrias de gloria, cuando no son majestuosas de apariencia yo les digo: ¡háganse actrices! El teatro es un pedestal mágico. Mujeres corrientes, que no miraríamos en la calle, en el escenario parecen diosas. Basta que tengan ojos dramáticos.

Maravillas para después salir al centro y ver desfilar las eternas caras enfriadoras, con risitas socarronas, es un suplicio.

Cierta dama bondadosa, criada en un hogar respetable y católico, sufrió en la edad crítica un extraño matiz de locura. Fingió la picardía, la lujuria y la maldad. Su modelo fue la Quintrala de la leyenda. En la tarea de fingirse pícara gastó una fortuna. Se ponía las ropas más extravagantes y provocadoras. Se hizo pintar los cabellos de rojo. ¡Soy la Quintrala!, gritaba.

Y nadie se escandalizaba. Nadie se la creía. Se mató.

La Nación. Abril de 1956.



Del escritorio al crimen

Puñaladas, balazos y bombas más allá de las letras

Por Eduardo Contreras Villablanca

Al calor de la preparación de este número especial, de creaciones inspiradas en supuestos crímenes en la Sociedad de Escritores de Chile (SECH), surgió el tema de los autores que han cometido asesinatos reales. No son pocos, y los casos abarcan tanto a escritoras como a escritores, que como veremos, cultivaban la mayor parte de los géneros literarios.

Comencemos por Europa: remontando unos siglos atrás, damos con un poeta maldito, el francés François Villon, nacido en 1431, de quien se ha dicho que estuvo involucrado en robos y asesinatos. Participaba en riñas callejeras, y en una de ellas, habría herido de muerte al clérigo Philippe Sermoise. También hay menciones a su participación en el asesinato del notario pontifical François Ferrebouc.

En el siglo XIX tenemos el caso de Thomas Griffiths Wainewright. Si «googlean» su nombre en internet, les aparecerá con las credenciales de «artista, escritor y criminal inglés». De acuerdo a información de la *National Portrait Gallery*, queda más o menos claro que vivió dilapidando más allá de sus posibilidades y se dedicó a resolver problemas financieros con firmas falsas que le dieron acceso a una herencia sustancial en fideicomiso. Pero Wainewright pasó a ser sospechoso de juegos aún más sucios que los anteriores, cuando algunos años más tarde, un tío, su suegra y su cuñada murieron, dejándole dinero a él y a su esposa. El tribunal no encontró pruebas para condenarlo por estas muertes, pero descubrió sus transgresiones anteriores y lo envió de por vida a la colonia penal de Hobart, en Australia.

Siempre en Europa, a principios del siglo XX, específicamente en 1919, nos encontramos con Géza Csáth (seudónimo de József Brenner), un escritor húngaro, autor teatral, músico, crítico musical y psiquiatra, que escapó ese año del hospital provincial en el que recibía tratamiento por su paranoia y adicción a la morfina, y regresó a su casa nada menos que para matar a su mujer, Olga Jónás.

Cambiando al nuevo continente, ya a mediados del siglo pasado, fue conocido el caso del escritor norteamericano William Burroughs (en este número se incluye una reseña sobre un libro de Burroughs), que emulando a Guillermo Tell, y con pistola en lugar de flecha, puso una manzana sobre la cabeza de su esposa y erró el tiro a la fruta con consecuencia fatal para su cónyuge. Esto ocurrió más o menos en la misma época del crimen de la escritora Anne Perry que se describe más adelante en este artículo.

Otro asesino estadounidense (Estado Unidos es una tierra fértil en criminales, mucho más allá del mundo de la literatura), fue Jack Henry Abbott. Con una larga historia de condenas penales, los escritos de Abbott sobre su vida y sus experiencias fueron elogiados por varios críticos literarios conocidos, entre ellos Norman Mailer. Gracias al *lobby* de Mailer y otros, Abbott fue liberado de prisión en 1981 (cumplía condenas por falsificación, homicidio involuntario y robo a un banco). Seis semanas después de salir en libertad condicional, Abbott apuñaló y mató a un camarero en un café de la ciudad de Nueva York, por lo que fue nuevamente condenado y enviado de regreso a prisión, donde se suicidó en el año 2002.

El escritor español José Ovejero, publicó en el año 2011 el libro *Escritores delincuentes*, que incluye un compendio de delitos que van más allá de los asesinatos. Desde ese punto de vista, no se salva ni Miguel de Cervantes, encarcelado en su momento por traficar trigo en el mercado negro. Pero volviendo a los homicidios y femicidios, dentro de los casos más cruentos incluidos en el libro, está el de la ya mencionada Anne Perry, escritora británica autora de novelas de detectives y de misterio, que antes de dedicarse a las letras, cuando tenía quince años, fue condenada junto con su mejor amiga Pauline Parker por el asesinato de la madre de esta última. Perry específicamente ayudó a su amiga a matar a la madre golpeándola repetidas veces en la cabeza con un ladrillo.


Otro caso en el libro de Ovejero, es el de Edward Bunker, de nuevo un estadounidense, que antes de ser escritor fue culpable de varios delitos: robo de bancos, narcotráfico, extorsión, robo a mano armada y falsificación, actividades que alternó con libertades condicionadas y fugas, hasta el año 1975. A partir de esa fecha, luego de su última salida de la prisión, se dedicó a escribir novelas policiales y, más tarde, a actuar. Como actor interpretó, entre otros papeles a Mr. Blue, en la película *Reservoir dogs* (en Chile se comercializó como *Perros de la calle*) de Quentin Tarantino.

En nuestro país tuvimos, en el siglo pasado, a María Carolina Geel, escritora nacida en 1913 y fallecida en 1996. Ya había publicado cuatro libros antes de la condena que se le dictó luego de que disparara en contra de su amante, Roberto Pumarino, en el Hotel Crillón. Salió en libertad luego de tres años de cárcel y publicó otras obras más, para luego dedicarse a la crítica. Parte de su vida y trayectoria literaria, se resumen en el artículo «Cinco balas y un día», de la escritora Alejandra Costamagna, que se inicia así: «Salió a la calle con tres propósitos: conseguir un analgésico, averiguar sobre los horarios de los trenes a Mendoza y comprar un arma. ¿Para qué? Para la hipersensibilidad aguda, el remedio; para sacar de su cabeza a Roberto Pumarino, el viaje; para dar en el blanco, el arma».

En este número se incluye una reseña de Joaquín Edwards Bello, sobre *Cárcel de mujeres*, el libro que Geel escribió estando en prisión, un texto que a la vez que destaca los méritos literarios de la escritora, devela los prejuicios y estereotipos de género de la época, algunos de ellos aún vigentes. Curiosamente, el caso de María Carolina ocurre en el mismo Hotel Crillón, en el que la escritora María Luisa Bombal intentó matar a su amante de un disparo.

El caso chileno más reciente, y estremecedor, es el de la escritora Mariana Callejas, una cuentista que devino en asesina junto a su marido, el estadounidense (para variar) Michael Townley. Callejas se hizo conocida por su rol como agente de la siniestra Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) de Augusto Pinochet, en la que participó en diversos atentados terroristas, y otros delitos, entre ellos, directamente en el asesinato del general Carlos Prats y su esposa Sofía Cuthbert en Buenos Aires en el año 1974 y aparentemente como cómplice en el asesinato de Orlando Letelier y su secretaria Roni Moffit el 21 de septiembre de 1976 en Washington. Por si fuera poco, la casa del matrimonio en Lo Curro fue ocupada como centro de torturas.

En una escala menor que la de Callejas, dentro de los casos más recientes, y geográficamente cercanos, está el de la poetisa peruana Giuliana Llamuja, que salió libre el año 2009 tras una condena que cumplió por asesinar de sesenta y cinco puñaladas a su madre María del Carmen Hilares. Al salir declaró «Soy una persona feliz porque tengo a Dios en mi vida, porque tengo a mi familia y hay muchos motivos por los cuales sonreírle a la vida, y la poesía es uno de ellos».

¿Qué puede estar detrás de estas conexiones del arte de las letras con los crímenes reales? Posiblemente algunos casos puedan tener que ver con trastornos mentales, los que a veces llevan aparejados genialidades junto a adicciones y desequilibrios. Y seguramente en otros casos actuaron las motivaciones básicas, las mismas de los personajes criminales de los que escribimos en el género: ambiciones desmedidas, afanes de poder, celos y venganzas. Uno quisiera que esos móviles y sus consecuencias se mantuviesen estrictamente dentro de los personajes y sus historias en la ficción, pero ya se ve que inevitablemente en algunos casos (por suerte, minoritarios), esas motivaciones y acciones saltan desde el mundo de las letras, y caen en la realidad de creadores y creadoras que terminan poseídos por esos impulsos atávicos. Quienes cultivan la escritura, son seres humanos al fin y al cabo, a veces no demasiado distintos de sus personajes. 

TRAZAS NEGRAS

Puedes aportar a éste proyecto haciendo una donación en nuestro sitio web www.trazasnegras.cl
Próximo número: Abril 2021

Las traiciones del anagrama

Anónimo

El anagrama es un artificio que consiste en desordenar las letras del nombre de una persona, para buscar una nueva combinación de palabras que respete tales letras. Suele conducir a sorpresas. Es una jugada a menudo sucia del Azar (la diosa Tique para los griegos, la diosa Fortuna para los romanos). Borges lo intuyó cuando en un poema puso: «En las letras de rosa está la rosa y todo el Nilo en la palabra Nilo».

«De origen antiquísimo, la paternidad del anagrama se atribuye al poeta alejandrino Licofronte (280 AC), de quien han trascendido dos ejemplos de anagramas aristocráticos. Combinando las letras del nombre del rey Ptolemaios (Ptolomeo), Licofronte halló Apo Melitos (que proviene de la miel) y de la reina Arsinoe dedujo Ion Eras (violenta de Juno)». Fuente: el sitio www.filosofia.org

Desde que los surrealistas hicieron famoso el juego de idear anagramas con los nombres de sus miembros (recuérdese Salvador Dalí = Avida Dollars), esta forma de forzar el azar de los significantes y, de alguna manera, desvirtuar el principio básico de la lingüística de la no-correspondencia entre significante y significado, a la vez que



El Bosco «Extracción de la piedra de la locura», 1475.

hacer aflorar potencialidades ocultas y misteriosas de las palabras, el arte de inventar anagramas se ha transformado en un ejercicio paraliterario que suele crear adicción.

Se me ocurrió que el equipo de escritores que se halla detrás de **Trazas Negras** se prestaba para un ensayo de este tipo, una búsqueda solaz, bastante libre, de seudónimos con algún toque salaz. Zalamero casi nunca. ¡Sálvese quien pueda!

Aquí van en cualquier orden. Tal vez se revela el asesino que todo escritor/a *noir* lleva adentro. Por cierto, apechuguen, miren que el azar es el azar y ahí no hay dialéctica que valga. Y atención, que el anagrama es traicionero y a menudo revela al anagramador.

JULIA GUZMÁN

Mi luna juzga (la homicida que no reconoce culpa).

EDUARDO CONTRERAS

¿Seda? Recontra rudo (el asesino engatusador).

JUAN IGNACIO COLIL

Ni jil coagulación (el cuchillero que desangra).

HELIOS MURIALDO

Eriso humillado (el peligroso matador vengativo).

GONZALO HERNÁNDEZ

Andrógeno z hiena z (el criminal metamórfico).

BARTOLOMÉ LEAL

Ella me lo brota (el escritor femicida).

IVÁN MARTÍNEZ

Ni matar zen vi (el asesino místico solapado).

TRAZAS NEGRAS



Disponibles en:
www.delibros.cl